

A LOS ZOMBIS TAMBIÉN SE LES LEVANTA

Madrid – 26 Abril – 2007

Qué pequeño jazmín no reconoce su olor dentro de la esencia del jardín. Lo hace, pues se sabe más fragante. Y un cojón. Este lo hacía porque era la única flor viva de todo el patio. Las demás yacían abatidas y hasta arriba de una viscosidad oliva. Demian no podía imaginar que clase de babosa o hijoputa había podido hacer aquello, pero su madre le mataría cuando volviese de la compra. La mañana se perfilaba muy negra.

La madre entró en casa con un brazo de menos. Esto, a parte de parecerle raro a Demian, le molestó un poco teniendo en cuenta que acababa de fregar y la sangre empezaba a formar un charco brillante en el parqué. Entró en la cocina a por la fregona y cuando regresó tropezó con el cuerpo de su vieja, que agonizaba con un rictus entre pálido y mordaz. Recogió las mandarinas que rodaban por la entrada, las puso en remojo para despegarles la sangre seca. Fregó de nuevo y dejó a la madre que durmiese tranquila (pues es lo que tienen los niños de cinco años, que la gente se muere y ellos son ajenos a todo, una bendición para estos angelitos). Quiso ver los dibujos durante un rato pero los estremecedores gritos del exterior empezaban a enquistarle la paciencia. Corrió las cortinas del salón. Esas tan blancas y pulcras que su madre se esmeraba en limpiar cada mañana (y hablo en pasado porque su cadáver ya empezaba a apestar a perro muerto, porque cuando la gente se muere no huele a gente muerta sino a perro muerto). Descubrió unas calles de Madrid rebosantes de vida. Unos mendigos verdes se arrastraban y mordían los tobillos de mujeres gordas que no podían correr. Los menos

caminaban con un madero en la mano, igual de verdes pero con más pinta de sanos. Estos por lo menos tenían piernas. De no ser porque una cabeza hizo trizas la ventana y se fue a instalar enfrente del televisor, Demian, habría seguido disfrutando de la gente mayor. La cabeza abrió mucho los ojos y la boca. Hasta que Ana Rosa Quintana, sentada en su sofá rosa, empezó a hablar de cosas interesantísimas en el *telefunken* de hacía veinte años. Cabeza (que así la llamó el chico) sonrió y se quedó disfrutando del programa.

Cabeza antes había sido el estanquero del barrio, pero murió cuando un camión volcó sobre su coche mientras este estaba estacionando. Había sido apuesto y recuerdo que me enamoré de él cada vez que compraba tabaco. Ahora no tenía mandíbula inferior. Una masa gris le bajaba desde el oído y sus tirabuzones canos habían caído para descubrir parte del cráneo.

Demian cogió la mollera y lo llevó entre sus brazos. Quería salir a la calle pero le resultaba incómoda la carga. Así que, con un palo de pincho moruno, introdujo una cuerda de oído a oído, con la consiguiente mirada de amonestación de Cabeza. Abrió la puerta de la calle y tuvo que entornar sus ojillos de ratón para no quedarse ciego con la sangre que salpicó su cara. Un chorro grueso le bajó por el polo y esto le fastidió porque su madre lo había lavado hacía dos días y se iba a enfadar. Escapó de sus pensamientos cuando una mano alcanzó su muñeca y tiró de ella, precipitándole hacia un seto. Allí se encontró con un hombre serio, bastante corpulento y con un hacha. Pensó que estaría podando el seto, y aunque era el niño más listo de clase a veces se equivocaba en cosas como la cuestión de si las plantas sangraban o no. El hombre le

pregunto que qué coño llevaba atado a la espalda. Cabeza le miró mal, pensó que le estaban minusvalorando y decidió formar la ACD (Asociación de Cabezas con Dignidad). Pronto las cabezas dominarían el mundo. Luego el hacha del señor partió el cráneo en dos y el poco cerebro que no se había deslizado por las orejas, bautizó de nuevo a Demian. Las gotas de sangre derivaron hasta la alcantarilla, dejando un rastro grana en la acera antes de juntarse con otros tantos regueros que fluían desde todas partes (hay que tener en cuenta que la sangra brilla con el sol y el espectáculo de ríos perlados, que manaban de las calles, no era nada desdeñable)

Demian se enfado con el señor. Seguro que era el mismo hijoputa que le había destrozado el jardín. Le cogió manía. El señor se llamaba Augusto y según dijo era hijo de Federico de Hontanares “el enterrador”. Esto dio mucho miedo al niño, hasta que cayó en la cuenta que su madre le había contado cosas sobre ellos. Más concretamente sobre el hijo. Sobre su porte, sus pectorales y su nabo. A Demian le encantaría tener unos buenos pectorales.

Augusto se irguió por entre las ramas puntadas del matorral. Un cielo azul encuadraba la escena. La brisa traía consigo un regusto ácido. Y un chillido marchito llamó la atención del hombre. A pocos metros hacia su diestra una *vespino* derrapaba y la joven que la conducía retrocedía a cuatro patas, incitada en mayor parte por los cinco despojos humanos que intentaban darle caza, entre susurros, gorgoteos y sonidos sólo descriptibles si los comparas con el salir de la mierda del culo. A la chica se le había levantado la falda y un tanga morado descubría sus nalgas. A Demian esto le recordó a su madre. Augusto también se acordó de la madre de Demian.

Si la chica no fue descuartizada vino a ser porque el hacha (el mismo que acabó con Cabeza) sobrevoló la calle de parte a parte, llevándose de paso por delante a tres miembros de la partida de caza –entiéndase miembros como partes físicas de un cuerpo ex-completo-. La joven muy agradecida se abrazó a Augusto aún con la falda por el ombligo. La chica estaba como para levantar a un muerto (en todos sus erótico-festivos sentidos) y a los fiambres andantes se les había pasado el hambre, siendo sustituido este por un creciente ardor sexual. Estaban más empalmados que un cura en una guardería y, joder, quién iba a pensar que a los zombis también se les levanta. Que luego se les caiga es otra cosa, a pesar de que panorama de ver pichas muertas por la carretera en grupos de a diez era un tanto desolador.

El caso es que se habían encariñado de la morenita y quítale tu una idea a alguien que no tiene cerebro. Vivo al menos. Yo era esa morenita y sí, me tocaba las pelotas la situación. Pero oye, no difiere tanto de un viernes noche. Además tenía a un hombre rudo a mi lado. Y aun niño del que sospechaba que era subnormal. Fuimos los tres, sin detenernos a pensar mucho, hacia la calle San Juan Marcos y Virgilio Domenico. La calle del burdel y el sex-shop para los que no miran los carteles. El niño lloraba desconsolado pues la media cabeza que le colgaba en la espalda se había mosqueado un poco. Tampoco era culpa del chaval. La media cabeza no tardó en entenderlo y volvieron a ser amigos. Para divertirse, Demian, le puso una de las pichas muertas a Cabeza en la boca. Este la lamía feliz, analizando todas las vías posibles para su inmediata conquista del mundo. Por cierto, mi nombre es Mónica Pita. Soy natural de Madrid y estudiante. Me jode sobremanera que la gente opine de mi vida como si ellos no desearan hacer lo mismo. Vale, follo con quien quiero. ¿Soy mala por eso?. ¿El mundo se va a acabar por eso?. Pues es probable. Principalmente porque el hecho de

que los muertos anden no lo ha conseguido Esperanza Aguirre con sus declaraciones, sino más bien un virus que reacciona ante las células muertas y que se contagia con los fluidos. Y a la gente le gusta fluir mucho. ¿Qué de donde viene el virus? Pues me parece que tras muchos estudios estaban entre dos teorías bastante posibles. La primera era que el contacto de la piel con las colonias falsas de las mantas de los moros, formaba un moho invisible que posteriormente (tras la muerte) adquiriría vida propia. La segunda tenía que ver con ciertos programas del corazón. De esa no me enteré porque un muerto viviente empezó a violar a mi abuelo.

En fin, a mí, por lo pronto, me estaba comiendo la muerte. Estábamos dentro del sex-shop y no conseguía calcular el tiempo que tardarían en sodomizarme aquellos malditos. Poco, seguramente, ya que no tenían picha. Demian jugaba a lanzarle un consolador de treinta centímetros a CasiCabeza (que así se llamaba ahora por consenso popular) y este rodaba como podía hasta alcanzarlo. Augusto era el único que buscaba soluciones. Ató, con una cinta de cuero, unas bolas chinas al extremo de un látigo y se dispuso a abrir la puerta. No tenían porque esperar a que la tirasen abajo. Nada más asomar el primero de los extintos, Augusto, le arreó con las bolas chinas en la cabeza, hundiéndole el cráneo y derribándolo. No tuvo tiempo de más. Dos zombis se le echaron encima y le arrancaron la piel a tiras, mientras otros dos le mordisqueaban los dedos de los pies. Cuando calló, media docena de muertos se le vinieron encima. Seguramente estaba cadáver cuando le arrancaron la nuez de un bocado. Una lástima de haber sido al contrario.

Me quedé sola ante la horda de salidos. Me agarraron y se frotaron contra mis piernas, mi cara, mi espalda y mis brazos. Acabaron rápido, pero a mí me ataron con

cuerdas y me portaron en brazos por las calles de Madrid. La vida es lo que tiene que o la conservas o te mueres. Demian también la conservó como consejero de CasiCabeza. Este, por cierto, no fundó su liga de cabezas dignas, se conformó con viajar ensartado en un palo, alentado a la masa de muertos con sus misivas en pos de una nación zombi.